

PERSONAJES.

BLANCA.
BEATRIZ, dueña de Blanca.
SANCHO LAÍNEZ.
EL VIRREY DE MÉXICO.
DON TELLO DE SOUSA, Marqués de Santa Flora.
FORTUN, escudero de Sancho.

La escena en México.—Epoca, Siglo XVII.

Este drama se representó con extraordinario éxito, por primera vez en México en el Teatro Principal, la noche del 11 de Enero de 1876.



ACTO PRIMERO.

Salon en el Palacio de los Virreyes.—Dos mesas en el fondo, con escritorio.—Fondo de salon de baile.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ Y FORTUN.

BEATRIZ. (*Seguido de Fortun.*)—Es inútil señor escudero, tanta insistencia.
FORTUN. Mirad lo que perdeis.....
BEATRIZ. No pierdo nada.
FORTUN. El tiempo, cuando ménos.
BEATRIZ. Vos sí que lo perdereis: dejadme en paz.
FORTUN. Mi señor es muy rico.....
BEATRIZ. Lo sé.
FORTUN. ¿Y cómo lo sabeis?
BEATRIZ. Me lo imagino. Sois tan dadivoso....
FORTUN. Dádivas quebrantan peñas.
BEATRIZ. Yo soy inquebrantable.
FORTUN. El oro de mi señor no os deslumbra,

ni la codicia os excita..... ¿Alguno os paga mejor?

- BEATRIZ. Puede.....
- FORTUN. Pensad en que vuestra señora le ama.
- BEATRIZ. Mi señora amará á quien su tutor le designe para esposo. ¿Lo entendéis?
- FORTUN. Bien; pero lo que yo os pido es simplemente una entrevista de mi señor con ella.
- BEATRIZ. En mi casa, os dije ya que no; en la propia casa de mi señora, en donde osásteis penetrar furtivamente.
- FORTUN. (Acercándosele.)—Beatriz..... ¡Excelente Beatriz!
- BEATRIZ. ¡Apartad! ¿Quién sabe con qué malig. no objeto os atrevísteis á tanto?
- FORTUN. Ya os lo dije. Doña Blanca.....
- BEATRIZ. ¿Y cómo ha podido saber vuestro señor que Doña Blanca le ama?
- FORTUN. Lo sabe.
- BEATRIZ. Esa no es respuesta.
- FORTUN. Es.
- BEATRIZ. Si nunca habló con ella.
- FORTUN. Sí tal.
- BEATRIZ. Encerrada estuvo siempre en un convento.
- FORTUN. Los conventos rejas tienen.
- BEATRIZ. ¡Qué sacrilegio!
- FORTUN. Vos cargareis con tal pecado.
- BEATRIZ. ¡Yo.....! ¿y por qué?
- FORTUN. Porque á mi señor no le proporcio

násteis otros medios.—Tomad (*ofreciéndole un bolsillo*), cinco minutos...

- BEATRIZ. ¡Ni uno!
- FORTUN. Ved, dueña, que estoy resuelto á arrancaros una promesa.
- BEATRIZ. ¿Y cómo?
- FORTUN. Ved que si el oro no os ablanda las entrañas, el hierro podría muy bien deshacéros las [*llevando la mano á la espada.*]
- BEATRIZ. ¡Ay Jesús! ¿me amenazáis?
- FORTUN. Sí, por mi vida.
- BEATRIZ. ¡Idos.....! ¡me dais miedo!
- FORTUN. Pues acceded; que si no....
- BEATRIZ. ¡Daré voces!
- FORTUN. ¡Un escándalo!
- BEATRIZ. Terco sois en demasia.....
- FORTUN. Y vos la más estúpida dueña que he conocido.....
- BEATRIZ. ¿Yo.....? ¡dadme paso!
- FORTUN. Y la más testaruda, y.....
- BEATRIZ. ¡Callad!.... Ruido escucho, y ojalá.....
- FORTUN. ¡Ya nos veremos! (*váse precipitadamente.*)

ESCENA II.

BEATRIZ.

Es increíble, inaudita, la persecucion

que este hereje mal nacido me ha declarado; vamos.....

ESCENA III.

EL VIRREY.—BEATRIZ.

- VIRREY. ¿Beatriz?
BEATRIZ. Señor.....
VIRREY. ¿Qué me traes?
BEATRIZ. Un recado para Vuestra Excelencia, de la venerable madre abadesa de las Concepcionistas.
VIRREY. ¡Hola!
BEATRIZ. Un recado y una carta.
VIRREY. ¿Una carta?
BEATRIZ. Héla aquí: en vuestras manos la pongo (*le da un billete.*)
VIRREY. (*Abriendo el billete y leyendo.*) ¡Qué veol!
BEATRIZ. ¡Cuando digo que ha sido audacia...!
VIRREY. Letras de amores..... ¡y á Blanca!
BEATRIZ. ¡Y en aquel santo asilo!
VIRREY. No leo aquí ¡vive Dios! ni la fecha, ni la firma.
BEATRIZ. Encontróse ese billete, muy doblado y escondido, bajo los blancos manteles del pequeño altar de la celda que ayer mismo abandonó Doña Blanca.
VIRREY. ¿Y quién pudo....?

- BEATRIZ. Eso se ignora. Ha sido una verdadera sorpresa.
VIRREY. Y bien.....
BEATRIZ. Celosa nuestra buena madre del reposo y tranquilidad de Vuestra Excelencia, me encarga os avise, para que andeis prevenido, señor.
VIRREY. Manifiéstale, Beatriz, mi reconocimiento.
BEATRIZ. Además.... Doña Blanca.... Desde anoche.....
VIRREY. ¿Qué es lo que tiene desde anoche?
BEATRIZ. Yo no sé, en realidad, lo que mi señora tiene; pero á decir lo cierto, ella está enferma.
VIRREY. ¿Enferma? Sí..... ¡ya me lo presumial.....
BEATRIZ. Un año hará, señor, si la memoria no me es infiel, que la veo triste, retraída, llorosa....
VIRREY. Beatriz, ¿tú has observado?
BEATRIZ. Y bien que he observado, señor; alguna oculta y misteriosa pena le acibara la vida. Se adelgaza, va perdiendo la color; y desvelada noches enteras, sorprende el primer rayo de la luz del día alguna lágrima en sus ojos.
VIRREY. ¿Te habrás descuidado acaso?
BEATRIZ. Nunca, señor.
VIRREY. Alguno de esos nobles lograría hablarla, y.....

- BEATRIZ. ¿Y cómo podría ser eso? La he vigilado constantemente. . . . Yo he sido su sombra por los claustros; en el huerto, su sombra; su sombra en los jardines.
- VIRREY. ¡Es increíble!
- BEATRIZ. A no ser que. . . .
- VIRREY. ¡Habla!
- BEATRIZ. A no ser que. . . . Porque ha de saber Vuestra Excelencia, poderosísimo señor, que de algún tiempo á esta parte gustaba Doña Blanca de arrodillarse, todos los días, durante la misa mayor, en un rincón del coro bajo, cerca, muy cerca de la reja, y desde allí. . . . porque habeis de saber también, Excelentísimo señor, que del otro lado de la reja, en el templo, distinguía yo siempre, inmóvil, fijo, á un gallardo mancebo—que tal lo parecía por su arrogante postura. . . .
- VIRREY. ¿Y tú le viste el rostro?
- BEATRIZ. No, no tal, que lo recataba con el embozo. Empero, sobre él veíanse brillar sus ojos. . . . unos ojos. . . .
- VIRREY. ¿Y ella. . . ? ¿y Blanca. . . . ?
- BEATRIZ. Fijas en él tenía las miradas.
- VIRREY. ¡Y tú me lo ocultaste!
- BEATRIZ. ¡Perdon, alto y gran señor, perdon No creí que eso sólo fuese bastante

- motivo para llamar la atención de su Excelencia!
- VIRREY. Mal hiciste, muy mal, ¡viven! los cielos!—¿Y tú crees que el autor de esta carta. . . . !
- BEATRIZ. Pudiera ser el mismo.
- VIRREY. Y piensas que esos amores. . . .
- BEATRIZ. Desvelada, inquieta y malcontenta la traen, de todas maneras, [asegúroos, señor, que Doña Blanca no amará á ese caballero que le destináis para esposo.
- VIRREY. Pues ello tendrá que ser así, Beatriz. Tú que tan grande influencia has logrado en su corazón, necesario es que procures aceptar sumisa y resignada ese enlace que. . . . ¡me importa!—Hazla comprender que una dama bien nacida, debele, ántes que nada, una obediencia ciega al que ha velado por su felicidad, desde que era niña. . . . ¿me entiendes?
- BEATRIZ. Perfectamente. Pero hoy. . . .
- VIRREY. Hoy no; mañana. Sírveme como hasta aquí, Beatriz, y yo recompensaré espléndidamente tu celo.
- BEATRIZ. Por todo el oro del mundo, no vendería la fidelidad que le debo á la poderosa persona de su Excelencia.—¿No se os espera esta noche?
- VIRREY. No, no, Beatriz; porque hay una mas-

carada en Palacio, y no tendré tiempo; además, será bueno que ella repose.

BEATRIZ. Bien señor.

VIRREY. Vé. Que Dios te guarde.

ESCENA IV.

EL VIRREY.

Ocultar á los ojos del mundo mi amor á esa criatura: ocultar eternamente su existencia á mi propia familia, para evitar explicaciones que el mundo exige y la familia pide! ¡Ahogar en el corazón las expansiones de este cariño sin límites....! Imposible. ¡Esto es morir!..... ¿Y si aquí la trajera? No, no; mi limpia reputación padecería... ¡Y ese miserable marqués que para esposa la codicia....! Las ocho. (*Se oyen sonar las ocho.*) Sancho no debe tardar..... aquí está.

ESCENA V.

El VIRREY luego SANCHO con una cartera debajo del brazo.

VIRREY. Tan puntual como de costumbre, mi buen secretario.

SANCHO. Ese es mi deber, señor.

VIRREY. No abulta gran cosa, á lo que parece el correo de España

SANCHO. Vuestra Exelencia dice muy bien.

VIRREY. Y yo me alegro; alégrome en gran manera, mi buen Sancho, porque de ese modo en breve tornaremos á gozar de nuestra alegre fiesta. ¿Estuviste en el salón?

SANCHO. De él acabo de salir. Es espléndida la concurrencia.

VIRREY. Bien, bien. En tanto que mi noble esposa le hace los honores, despachemos el correo.

SANCHO. [*Leyendo los expedientes que sacará uno á uno de la cartera.*] Una pragmática de S. M. (que Dios guarde), en favor de los indios.

VIRREY. Bien.

SANCHO. Una carta participando la llegada á Veracruz de un Visitador apostólico, dirigida á V. E. por él mismo.

VIRREY. Saldremos á recibirle.

SANCHO. Una encomienda para su señoría Don Tello de Souza, marqués de Santa Flora.

VIRREY. Bien, muy bien.

SANCHO. Cartas particulares para su Excelencia.

VIRREY. Dámelas. [¿Habrà venido entre ellas la que con tanta ansiedad espero...? Esta no es.... (*Leyendo sólo las firmas.*) Ni esta.... ni esta otra..... ¡oh! aquí está. (*Lee.*) Dios mío! (*Al-*

zando la voz.) Nada..... nada de Juan de Paredes....

SANCHO. ¿De Juan de Paredes, habéis dicho?

VIRREY. ¿Le conoces acaso?

SANCHO. ¿Que sí le conozco?..... ¡Ah, señor ¿No habéis notado en mí....?

VIRREY. Sí, Sancho, sí lo he notado; estás hoy de mal humor; pero qué tiene eso que ver.....?

SANCHO. Que hoy he recibido una carta de ese buen Juan de Paredes que acabais de nombrar. ¿Conoceis su historia?

VIRREY. No, no tal.... me interesaba por él una recomendacion....

SANCHO. ¡Ah! ¡Os le habían recomendado!.... Pues es inútil que os ocupeis más de él.

VIRREY. Acaso....

SANCHO. Pues que! ¿Os figurais que ha sido poco lo que ha sufrido ese infeliz?

VIRREY. ¿Tú sabes algo de él?

SANCHO. El ha sido el único amigo de mi infancia..... Huérfano el desventurado desde la edad de cuatro años, víctima de un horrible crimen...

VIRREY. *(Con sorpresa.)* ¡De un horrible crimen!.....

SANCHO. El había nacido para ser feliz; vió la luz primera en una casa solar cerca de Balmaceda. Su padre, Diego de Paredes, tenía, además de ese hijo,

algunos bienes de fortuna, y una esposa, dechado de hermosura y gentileza, joven, muy joven, llamábase Mencía... ¡Infeliz Doña Mencía!

VIRREY. *(Aparte.)* ¡Desventurado!

SANCHO. Diego de Paredes era dichoso, muy dichoso. Acariciaba la fortuna á aquel su tranquilo hogar..... Pero desgraciadamente acampó en Balmaceda un regimiento de los de Flandes, y el capitán de ese regimiento conoció á la bella esposa de Don Diego. Ese capitán era un infame!

VIRREY. *(Aparte.)* ¡Ah!

SANCHO. Una noche, mientras el infeliz esposo dormía, fué asaltada su casa, maniatada su servidumbre, y..... ¡robada doña Mencía! Una mano alevosa había clavado un puñal en el generoso pecho de Diego de Paredes. El niño, que dormía con su ama en una pieza apartada, fué respetado. ¡Qué horrible noche debió haber sido aquella!

VIRREY. ¡Horrible.....!

SANCHO. Dicen que el cielo estaba negro y el trueno estallaba en las alturas.....

VIRREY. *(Aparte.)* ¡Si....!

SANCHO. ¡Y al estallar debía oírse para el infame, la maldición del Señor!

VIRREY. ¡Debía revelarse en el estampido del

trueno, la maldición de Dios para el infame!

SANCHO. Aquel niño, privado así del maternal regazo, lloró mucho, mucho. En alas de la inocencia sus lastimeros gemidos, llegarían como una oración al trono del Altísimo, y al cabo de algunos meses no parecía sino que sus lágrimas habían cicatrizado al fin la cruenta herida de Don Diego.... Y pasaron los años.... y una noche... ¡más espantosa todavía debió haber sido aquella noche! El esposo ultrajado halló á la esposa robada, que creyéndose viuda, vivía con el asesino, que representaba para ella el papel de salvador....

VIRREY. ¡Ah!

SANCHO. El esposo mató á la esposa, y arrojó su cadáver á un sótano..... Y no os figurais señor virrey, lo que sufriría el hijo de doña Mencía; cuál su dolor, cuál su angustia, cuando un día supo que la sangre de su sangre había caído en el lodo, y que la carne de su carne había sido pasto de buitres.....!

VIRREY. ¡Horror.....!

SANCHO. ¡El seductor infame era un cobarde! No desnudó el acero, el acero envilecido en sus manos, para defender á

su víctima..... Huyó el miserable.....; pero ocho días despues, Diego de Paredes caía cobardemente asesinado por el traidor puñal de una mercenaria mano, para no levantarse más.....! Su hacienda fué incendiada.... sus arcas robadas.... y el hijo, Juan, abandonado á la caridad, á las frías caricias de una mujer que lo escondió y lo alimentó con el duro pan de los pobres....!

VIRREY. ¿Y esa mujer....?

SANCHO. No existe ya.... ¿Os interesaba?

VIRREY. No.

SANCHO. Pasaron los años.... el niño se hizo hombre, y sintió en su pecho lacerao por el infortunio, la insaciable sed de la venganza!.... Y ha de haber pasado una cosa horrenda en la presencia de Dios, que todo lo escucha y todo lo vé. De un lado, el asesino en largas noches de insomnio, viendo correr sangre debajo de un ostentoso lecho; en el espléndido cortinaje las manchas de sangre.... manchas de sangre en el espacio.... manchas de sangre en todas partes.....!

VIRREY. [*Posesionándose poco á poco, como si en realidad pasara todo á sus ojos.*] ¡Eso es, manchas de sangre en todas partes!

SANCHO. Y del otro lado, al huérfano maldiciendo su desventura, desesperado, en interminables noches de vigilia.... buscando al ladrón que le robó su hacienda, y su porvenir y sus esperanzas! De un lado, el asesino sin consuelo....

VIRREY. ¡Sin consuelo!....

SANCHO. Acosado por los remordimientos....

VIRREY. ¡Sí...!

SANCHO. Y mirando á todas horas....

VIRREY. *(Posicionado ya enteramente y como fuera de sí.)* A todas horas el aterrador fantasma sangriento, de cada una de sus víctimas.... ¡Siempre... siempre delante delante de él....! ¡Siempre á los lados!.... Siempre detrás...!

SANCHO. Y oyendo la voz del huérfano....

VIRREY. La voz del huérfano resonando siempre en sus oídos.... aguda como el acero y filosa.... lúgubre como el eco de la campana que toca á muerto.... pavorosa como la voz del trueno!....

SANCHO. Como la voz del trueno que estallaba en las alturas....

VIRREY Y SANCHO. *[A un tiempo.]* ¡Aquella horrible noche....

SANCHO. *(Con marcada transición.)* ¡Ah! no parece, señor virrey, sino que vos

sois la víctima ó el verdugo! ¡Os posesionáis tanto....

VIRREY. Sí.... yo estoy loco, tienes razón. Me posesiono algunas veces tanto de las desgracias ajenas.... Como se trataba de ese joven á quien me habían recomendado....

SANCHO. ¡Pobre Juan!

VIRREY. ¿Murió?

SANCHO. Murió, sí; en su lecho de agonía escribió con mano trémula la carta que hoy he recibido. ¡Seále leve la tierra, señor virrey!

ESCENA VI.

Dichos, don TELLO con un dominó en el brazo y una careta en la mano.

TELLO. Si me lo permitís....

VIRREY. Adelante, marqués.

TELLO. Acabo de recibir, como todos, en el mismo salón de la fiesta, cartas de Madrid, y tengo precisamente que marchar para allá.

VIRREY. ¿Os vais á España, marqués?

TELLO. Mañana mismo, pues necesito aprovechar la vuelta de la flota... ¡Hay tanto corsario en nuestras costas!

VIRREY. *(A Sancho.)* Puedes poner los acuerdos al margen de esas reales órdenes de S. M., Sancho. Ya tú sabes.

- SANCHO. (*Sentándose á escribir.*) Bien, señor.
VIRREY. (*Llamando á un lado á D. Tello.*) Os doy la enhorabuena, marqués..... Acercaos por acá. Acaba S. M. de concederos una encomienda. (*Apartándose con D. Tello adonde se supone que Sancho no pueda oír.*) Puedes marchar á España, Martín Pérez, y cuando retournes, Blanca será tuya.
- TELLO. ¡Imposible!
VIRREY. ¡No me exasperes, Martín!
TELLO. No me hablábais así cuando me fuisteis á proponer que matara á....
VIRREY. ¡Calla!..... Yo te aseguro.....
TELLO. Os conozco demasiado para fiar en vos.
VIRREY. ¡Martín!
TELLO. No tengo confianza.
VIRREY. Dar la mano de Blanca á un zapatero....
TELLO. Hace ya mucho tiempo que no soy ya eso que decís. ¿Pudiera entre vuestros abuelos hallarse un albañil.
VIRREY. ¿Y no estás suficientemente recompensado? ¿No te ofrecí elevarte, y te elevé? ¿No te he comprado un título de Marqués? Y ahora quieres....
TELLO. La mano de Blanca.
VIRREY. Pero si ella se niega.....
TELLO. ¡Obligadla!

- VIRREY. ¡Ira de Dios! y si yo quiero....
TELLO. ¿Deshaceros de mí? ¡ahl bien podríais.... vos todo lo podeis; pero ya os lo he dicho otra vez: en España guardo unas cuántas líneas debajo de las cuales están vuestro sello y vuestra firma. En esas líneas me ordenais el asesinato, el crimen.... el crimen nos liga; y si vos me haceis matar, si no accedéis á mi demanda, Virey, la persona que tiene ese documento.....
- VIRREY. Basta.
TELLO. Ya lo veis.... ese documento me asegura de vos.
SANCHO. He terminado, señor.
TELLO. (*Alto.*)—Con que esa boda.
VIRREY. Se verificará mañana mismo, Don Tello. Tú, mi buen Sancho, serás padrino.
TELLO. Un gran placer será para mí el que el que el señor Sancho Lainez me honre de tal modo.
SANCHO. Pero permitidme os pregunte de qué boda se trata.
VIRREY. Caso á una pupila mía con el señor marqués de Santa Flora.
SANCHO. ¿Una pupila vuestra? Señor, es extraño.....
VIRREY. Nada de eso; ella ha permanecido siempre en un convento; por eso no la conoces.

- TELLO. ¿Y aun está en el convento?
VIRREY. No, marqués; vive en un pequeño palacio que la he preparado... Pero, venid, venid; mi presencia se hace indispensable en el salon.
TELLO. (*Dándole paso al virrey*). Y en él acabaremos de coordinar la mejor manera de que se realicen nuestros mútuos deseos. Señor Laínez... (*Saludando*).
SANCHO. (*Saludando*). Señor marqués....

ESCENA VII.

SANCHO luego FORTUN.

- SANCHO. ¡Se casa!... la casan!... ¡Ah! ¡esto no es posible!.....
FORTUN. ¡Al fin se fueron! ¿Señor?
SANCHO. Fortun, ¿qué me quieres?
FORTUN. Héme entrado hoy, hará una hora, furtivamente, á la casa de Doña Blanca
SANCHO. ¿Entraste?
FORTUN. Hasta su mismo gabinete de labor.
SANCHO. ¿Dístela el billete?
FORTUN. Sí.
SANCHO. ¿Vendrá?
FORTUN. Ahí está ella.
SANCHO. ¿Quién?
FORTUN. Doña Blanca.
SANCHO. ¿Doña Blanca dices?
FORTUN. Sí señor; cubierto el rostro con un antifaz.

- SANCHO. ¿Y cómo la has conocido?
FORTUN. (*Con rapidez*). Conocióme ella á mí... Recordad que con el objeto de hacer llegar á sus manos algunos billetes vuestros, fui sacristan ocho días del convento de la Concepcion. Además, esta tarde.....
SANCHO. Bien. ¿Y la has hablado?
FORTUN. Os busca.
SANCHO. ¿Ella? ¡Dios mio!
FORTUN. Pero la dueña, la dueña no quiere separársele.... Acabo de procurar que algunos compañeros míos la entretengan.
SANCHO. Entónces voy....
FORTUN. Permitidme, señor, que no sea así: podéis comprometerla.... Un instante, señor, esperad.... vuelvo.

ESCENA VIII.

SANCHO, despues BLANCA Y FORTUN.

- SANCHO. ¡Oh! ¡Ella aquí! ¡me ama.... sí, me ama! ¡Qué horrenda lucha!... Conducirla al martirio.... ¡si no fuera ese hombre su tutor!.... si fuera....
FORTUN. (*Entrando con Blanca*). Aquí está... Ahí le teneis (*señalando á Sancho y retirándose hácia el fondo*).
BLANCA. Ell.... sí.... es él!.....
SANCHO. Blanca!

- BLANCA. Caballero, dos palabras.
SANCHO. Vuestro soy.
BLANCA. ¿De vos viene este papel?
SANCHO. Lo escribió mi corazón.
BLANCA. Debo recelar
SANCHO. ¿Pero es posible?
BLANCA. Ved cómo cumplo Don Sancho.
SANCHO. ¡Blanca mía! ¿Me amais?
BLANCA. Y lo preguntal
SANCHO. Oirlo de vuestros labios quería.
BLANCA. ¡Os amo! Ya lo oísteis . . .
SANCHO. Gracias. ¿Desde cuándo estais fuera del convento?
BLANCA. Desde ayer.
SANCHO. Casaros quieren
BLANCA. Casarme, sí . . . ¡y lo sabía . . . !
SANCHO. Diez minutos hace que lo sé.
BLANCA. ¡Vos lo impediréis!
SANCHO. Sí . . . ¡lo juro! . . . Tomad estos polvos, Blanca; necesitamos hablar mucho, mucho . . . Poned la mitad de lo que este frasco contiene, en la tisana de Beatriz
BLANCA. ¿Y qué?
SANCHO. ¡Descuidad! Unicamente la harán dormir. Cuando hayan producido su efecto, asomad una luz por vuestra reja; yo acudiré.
BLANCA. ¿Y el conserje?
SANCHO. No temais.
BLANCA. ¿Sabeis dónde vivo?

- SANCHO. Muy cerca de aquí; á un paso
FORTUN. (*Asomándose*). Señor, al extremo de esa oscura galería distingo un bulto. Debe ser la dueña.
BLANCA. ¿Beatriz? ¡Ah! que no me vea.
SANCHO. ¡Fortun! acompaña á esta dama hasta su casa. Id sin temor, Blanca, Fortun es leal y es buena espada. Por allí . . por la escalera interior
BLANCA. ¡Don Sancho . . . ! (*Despidiéndose*).
SANCHO. Contad conmigo.

ESCENA IX.

SANCHO, despues BEATRIZ.

- SANCHO. Hermosa . . . hermosa como una mañana de primavera . . . ! ¡Inocencia y gentileza, vosotras sois su adorno! ¿Dónde hubo más dolor que el que aquí siento? Si no fueran ciertas mis sospechas ¿quién guarda ese secreto? . . . Es necesario saberlo. ¡Ah! . . . (*Se arroja sobre la dueña, que en este momento se aparece por el fondo y la lleva al proscenio, casi arrastrada*). Ven acá!
BEATRIZ. ¿Quién sois vos?
SANCHO. Nada te importa, beata de Lucifer, Ven acá ya te tengo entre mis manos!
BEATRIZ. ¿Pero qué pretendéis?

SANCHO. Hace un año que te persigüé mi escudero, que te ofrece oro, mucho oro! y nada ha bastado para reducirte.

BEATRIZ. ¡Soltad! ¡soltad, que me haceis daño!

SANCHO. ¿A qué has venido á esta fiesta?

BEATRIZ. Empeñóse Doña Blanca... "

SANCHO. Y él, ¿lo sabe?

BEATRIZ. ¡Ella! ¿Dónde está ella?

SANCHO. La encontrarás en su casa. ¡Nada temas!

BEATRIZ. ¡Me lastimais!

SANCHO. ¿Qué es de ella el virrey?

BEATRIZ. ¡Nada...! No sé qué me estais diciendo.

SANCHO. ¡Contesta! (*Desenvainando el puñal.*)

BEATRIZ. No sé de qué me hablais... ¡Ah! ¡misericordia! voy á decíroslo...

SANCHO. ¡Estamos perdiendo el tiempo!

BEATRIZ. Es... "

SANCHO. ¡Habla!

BEATRIZ. Su tutor.

SANCHO. ¿Y la vé todos los días?

BEATRIZ. Todos.

SANCHO. Hace dos meses, pretextando una enfermedad, el virrey desapareció de palacio y fué á encerrarse en el convento de la Concepcion. ¿Es cierto?

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. Allí pasó tres días...

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. ¿Y por qué?

BEATRIZ. Doña Blanca estaba en peligro de muerte... "

SANCHO. Y él... "

BEATRIZ. Velaba á su cabecera y lloraba.

SANCHO. ¡El! ¡El virey lloraba! Esa palabra escapada de tus labios me lo revela todo... ¿dices que es su tutor?

BEATRIZ. Sí.

SANCHO. ¡Mientes!

BEATRIZ. ¡Por compasion!

SANCHO. ¡Miserable!... mientes...! mira... estamos solos...! nadie nos vé... voy á coserte á puñaladas!

BEATRIZ. No...! no... ¡voy á decíroslo... Es... su padre!...

SANCHO. (*Arrojándola al suelo.*) ¡Su padre!... ¡Ah, su padre!... ¡Vete!... Maldito seas, amor!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

